

Leyendas de Santa Eulalia del Río. Ibiza

AMADEO BENET CARDONA

2ª edición



LETRAS DE AUTOR

Los personajes de este libro, sus nombres y situaciones son pura leyenda.

© Amadeo Benet Cardona

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Luis Bohigas Domínguez

Primera edición: diciembre 2011

Segunda edición: septiembre 2016

ISBN: 978-84-16760-88-6

Depósito Legal: M-34110-2016

P.V.P.: 15 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*Al pueblo de Santa Eulalia,
pues suyas son estas leyendas.*



INTRODUCCIÓN

La magia de los objetos inanimados

Cuatro son los elementos que mantienen el equilibrio de la naturaleza y cuatro las leyendas que decidí recopilar en este pequeño volumen: una para cada uno de esos entes primordiales.

Tres de estas leyendas son patrimonio exclusivo del pueblo de Santa Eulalia y circulan de boca en boca desde tiempos muy antiguos, estando cada una de ellas influenciada por el agua, la tierra o el fuego.

Así, en «El espíritu de las aguas. Leyendas del puente viejo», está claramente presente el elemento líquido; en «La campana. Leyenda de Sa Iglesia Vella», el aire, el agua y el fuego se vuelven en contra de los cimientos telúricos que soportan una iglesia, y en «La encrucijada», el fuego y el demonio son dueños y señores de la noche de San Juan.

Como verán los lectores, al apropiarme de esos tres relatos, que encajaban a las mil maravillas con mis propósitos, tenía el planteamiento del conjunto casi resuelto, pero me faltaba un relato más; un relato en el que, inspirado por el aire, estuviera presente un nuevo elemento que yo consideraba esencial: el papel.

Todo aquel que haya acometido alguna vez la gratificante y a la par ardua tarea de escribir sabe que la misión

del escritor no es otra que la de atrapar lo imaginado para plasmarlo en la íntima seguridad que otorga el papel; de otro modo, no solo las historias de ficción, sino la Historia misma de la humanidad, estaría condenada a vagar sin rumbo en las caprichosas sendas de la memoria colectiva, donde tarde o temprano los recuerdos se pierden para siempre.

Por ello, si nos detenemos a pensar, veremos que el papel es el más claro ejemplo de un elemento nuevo e indispensable: el elemento de los tiempos modernos; aquel sobre el que escribimos, leemos, aprendemos y vivimos nuestros sueños. Un elemento, en resumen, con el que convivimos a diario y que sin apenas percibirlo ejerce en nosotros la magia de los objetos que, erróneamente, llamamos inanimados.

En homenaje a este nuevo elemento, he escrito la leyenda que faltaba. Una breve y sencilla historia donde, junto al aire que le da alas, es el papel protagonista.

A4

La hoja de papel

La hoja de papel se llamaba A4. Apenas hacía unas horas que acababa de ver la luz y ya había sido separada de sus hermanas. Por primera vez desde que fue fabricada no podía sentir el tacto ni el calor ni el suave peso de las demás. Estaba sola y tenía miedo. Pronto vendría Mano Pequeña con el largo y afilado lápiz, la llenaría de garabatos, la heriría y la mancharía y, cuando ya no fuera si no un sucio borrón de tizne negro, la estrujaría entre los dedos hasta convertirla en una bola informe y la arrojaría a la boca oscura del ser que moraba entre las sombras debajo del escritorio. Recordaba horrorizada los crujidos de dolor emitidos por la piel de las desdichadas que habían corrido esa suerte y el lúgubre plop que emitían al ser engullidas por el vil monstruo, cuyo voraz apetito parecía insaciable.

Eso era lo que les sucedía a las hojas que eran separadas de las demás y que, como ella, se quedaban solas sobre el escritorio.

Sin duda se trataba de un destino terrible. Pero no el único destino posible. Mano Pequeña no era el único dios de este mundo. También estaba Mano Grande.

Mano Grande era un dios bondadoso, y las hermanas bendecidas por su poder se podían considerar afortunadas. Habían sido introducidas todas juntas por el extre-

mo de una extraña máquina y cuando habían salido por el otro extremo ya no eran simples hojas de papel. Se llamaban a sí mismas «Libro».

Apenas había salido de la máquina, Libro se había presentado.

—Hola A4, soy Libro.

—Hola Libro —respondió A4.

—Lamento que no formes parte de mí —dijo Libro—. Sé que estás sola y confusa, pero pregúntame lo que quieras y te responderé.

—¿Qué puedes saber tú? ¿Acaso no eres papel, igual que yo?

—Yo lo sé todo. Pregunta —contestó Libro lacónicamente. Y en su tono no había deje de jactancia. Solo la mera exposición de una certidumbre.

—¿Sabes qué mundo es este?

—Sí, se llama Tierra.

—Es un mundo muy pequeño. Solo tiene cuatro paredes.

—Esto no es más que una habitación. ¿Ves ese rectángulo que hay en la pared, a nuestro lado? Se llama Ventana. Más allá de Ventana esta Tierra.

—No puedo ver más que oscuridad. Tierra debe de ser un mundo horrible.

—Ahora es de noche, pero cuando sale Sol y todo se ilumina, es un mundo muy hermoso.

A4 pensó que si Sol era capaz de transformar aquellas horribles sombras en algo hermoso debía ser un dios

muy poderoso. Pero no reflexionó sobre él. Ahora había otras cuestiones que la preocupaban mucho más.

—¿Cuánto tiempo dura Libro? —preguntó—. Quiero decir... ¿cuánto tiempo durarás tú?

—Depende de lo útil que sepa ser. Hay muchos libros, A4, algunos incluso alcanzan la inmortalidad.

—¿Significa eso que la duración de cada uno de nosotros depende de lo útiles que seamos?

—Así es, A4.

A4 enmudeció. Estuvo largo rato meditando sobre lo que había hablado con Libro, sin atreverse a plantear la próxima pregunta. Al fin dijo:

—Dime, Libro, ¿qué utilidad puede tener una hoja de papel sola?

Pero esta vez Libro no supo o no quiso responder.

A4 no se había hecho muchas ilusiones sobre su futuro. Pero el silencio de Libro terminó con sus últimas esperanzas. No es que creyera a rajatabla todo lo que Libro le había contado. Incluso una hoja de papel en blanco, sin otra memoria que la puramente genética, sabía que nadie podía saberlo todo y también sabía que nada duraba eternamente. Al fin y al cabo, Libro acababa de ser creado y, en cierto modo, era más joven que ella. Pese a sus enormes conocimientos, Libro también estaba confuso. Todo era muy confuso. Mas, pese a toda esta confusión, A4 tenía una cosa muy clara: en el limitado mundo de estas cuatro paredes había dos destinos. Unos eran útiles y les tocaba Mano Grande. A los otros les tocaba Mano Pequeña.

A ella le había correspondido Mano Pequeña; porque no era útil. Y esta consciencia de su propia inutilidad era lo que más le dolía.

Por un instante, todo su miedo y su soledad quedaron relegados a un segundo término, desplazados por un sentimiento profundamente más corrosivo: la frustración.

Pasaron las horas y llegó el día. A4 miró a través de la ventana y quedó maravillada. Libro tenía razón, Tierra existía y era un mundo sorprendente. Grande. Enorme... Y hermoso. Un inmenso tapiz verde unido al infinito por el borde de su abovedado techo celeste.

Este techo azul, que A4 supo se llamaba Cielo, estaba poblado por bellas criaturas aladas que se elevaban y descendían, surcando caprichosamente el espacio, revoloteando entre las verdes cabelleras de los altísimos gigantes que A4 identificó como árboles. Los árboles no podían volar, pues estaban férreamente anclados al suelo (a Tierra), y sin embargo, pese a esta limitación, no habían renunciado a Cielo; pues sus cuerpos fuertes y esbeltos ascendían hacia lo alto, y allí sus anchas copas se mecían al viento, sumándose en cierto modo a la rítmica danza protagonizada por las aves.

A4 sintió una profunda simpatía hacia los árboles, sintió que compartía con ellos un vínculo muy íntimo, nacido, quizás, de un deseo común e inalcanzable: el ansia de librarse de todas las ataduras y de ser completamente libre. El ansia de volar.

Después de ver a Tierra y a Cielo y a Árbol y a Pájaro, A4 ya no deseaba ser sabia, ni vivir una vida eterna como

Libro. Sintió que ya nada le unía a Libro. Y con esta idea permaneció con la mirada fija en las evoluciones de los seres que sobrevolaban el bosque, pensando que habría dado cualquier cosa por un solo minuto de ser como ellos. Pero A4 no tenía nada que dar. Era tan solo una hoja de papel, un ser inerte y bidimensional encerrada en un mundo artificial: sin Sol, sin árboles, sin viento..., sin alas con que escapar.

Mano Grande o Mano Pequeña... ¿Qué más daba un destino o el otro? Sin libertad, la existencia no tenía sentido.

Mano Pequeña agarró a A4 y empezó a doblarla por aquí y por allá.

—No, no, no —dijo Mano Grande—. No es así como se hace, hijo. Fíjate bien y aprende.

Y entonces, Mano Grande, con delicadeza y habilidad, fue plegando y dando forma al papel, hasta que A4 estuvo convertida en un precioso avioncito de juguete.

A4 se observó a sí misma y quedó atónita. Mano Grande la había convertido en un ser tridimensional. Y eso le otorgaba una perspectiva insospechada. A través de Ventana, Tierra ya no era una simple fotografía de colores en movimiento. Era, era... No podía explicarlo. Cómo podía un ser bidimensional explicar lo que era un mundo en tres dimensiones. Era necesario ajustar las percepciones a la nueva realidad. Y para eso habría sido necesario salir fuera.

—¡Oh, qué bonito, papi! Quiero que vuele. Quiero ver lo lejos que sabe volar.

—Pero si lo arrojas por la ventana, seguro que irá a parar sobre un árbol. El viento sopla fuerte...

—¡Quiero que vuele, quiero que vuele...! —insistió Mano Pequeña tercamente.

El hombre (que, aun sin saberlo, también se llamaba Mano Grande) se encogió de hombros. Tan solo se trataba de una hoja de papel. No iba a provocar un berrinche por tan poca cosa. Al fin y al cabo, el juguete pertenecía al niño y este debía aprender a cuidar de sus cosas. Si el avión se perdía sería una pequeña lección.

—Está bien, cógelo así, con cuidado, y arrójalo en esa dirección...

Y de pronto A4 se encontró en la cima del mundo. Sentía a Viento y a Sol acariciándole las alas mientras ascendía cada vez más alto. Se movía en el aire. Volaba. ¡Era libre! Y junto a este movimiento y sentido de libertad, iba cobrando sentido en la consciencia de A4 una nueva palabra que transcendía el concepto de la mera existencia, propia de los seres inanimados: «vida».

Y A4 supo que estaba viva y lo que significaba sentirse viva, y eso la hizo inmensamente feliz.

Contempló extasiada como al final del tapiz de verdes prados y frondosos bosques que había creído infinito, existía un manto azul llamado Mar, de un azul más profundo aún que el de Cielo. Y mientras volaba más y más alto, impulsada por su compañero Viento, los nombres de todos los seres que moraban Tierra cobraban mayor significado y diversidad en su conciencia.

Supo así que aquella serpentina azul que se dirigía al mar se llamaba Río, y que sobre aquel río cruzaba Puente y que aquel puente se dirigía hacia una bella reunión de cajas blancas llamada Casas. El lugar donde moraban los dioses, y desde donde ella había iniciado el vuelo de la vida.

A4 no podía saber cuánto tiempo duraría ese vuelo, ni hacia donde se dirigía, ni si su vida finalizaría sepultada en el mar, sumergida en el río, pisoteada en la tierra o desgarrada por las ramas de los árboles, de los que sin saberlo provenía.

Tampoco sabría nunca cómo el dios Mano Grande le había otorgado el don de la vida, ni por qué lo había hecho.

Pero así como se elevaba más alto hacia el cielo, alejándose de su origen, pronto A4 dejó de atormentarse con preguntas. Simplemente no había tiempo para ello. Lo único que le importaba ya era volar, vivir y disfrutar de su efímera vida.

En ese sentido no había mucha diferencia entre una simple hoja de papel y su creador, el hombre. De la misma forma que, tal vez, tampoco la haya entre el hombre y los propios dioses.



EL ESPÍRITU DE LAS AGUAS
LEYENDAS DEL PUENTE VIEJO



1

La leyenda antigua

Hay quien afirma que la magia y la belleza de Ibiza se deben a que esta isla fue la última parcela de tierra puesta por Dios en este mundo, y que por ello el Señor depositó aquí todos los bienes que le habían sobrado de la Creación.

Uno de estos bienes es un diminuto río de aguas tranquilas cuyo trazado de norte a sur divide nuestro paisaje insular en dos mitades. Este río desemboca en el mar azul que baña la costa del pueblo de Santa Eulalia y, por esta causa, toma su nombre de esta encantadora villa.

En el lado de poniente del cauce del río, donde sus aguas se curvan por última vez saludando la entrada del pueblo antes de dirigirse hacia el mar, se yergue un bello cerro rocoso vestido de matorrales: Es Puig de Missa. En la cima de su altiplano, como un ángel guardián de pétrea armadura encalada de blanco, se alza la fortificada iglesia del pueblo. Centinela que vigila la puerta horadada en el cielo por la que se accede, según se dice, al corazón espiritual de la villa.

Por esa mágica puerta, burlando la vigilancia divina y sorteando las aguas purificadoras del río, pugna el demonio desde tiempos inmemoriales por introducir sus huestes. Por ello ha construido allí muchos puentes, pero estos siempre han logrado ser derruidos por las fuerzas del bien.

Según cuenta una antigua leyenda, uno de los puentes tendidos sobre el río Santa Eulalia fue construido por el demonio en una sola noche, allá en las postrimerías de la Edad Media.

Se dice que en aquella ocasión, como pago de la obra en liza, el alcalde del municipio ofreció al maligno la primera alma que cruzara sobre el viaducto al día siguiente de su conclusión. Pero, cuando al despuntar el alba, el demonio acudió puntualmente a cobrarse el alma prometida, el astuto alcalde hizo pasar sobre el puente a un perro. De esta forma, el pueblo consiguió su puente y el demonio, rabioso por tener que contentarse con un simple animal, lanzó un fuerte aullido y desapareció tragado por una nube de humo y azufre.

Eso es lo que se dice y se cuenta. Pero aquellos pocos que conocen la verdadera naturaleza del demonio, a quien solo es posible engañar cuando a este le conviene, pues la mentira es un juego que él ha inventado, afirman que el final de la leyenda es como sigue.

El político había cometido un grave error que, naturalmente, el maligno (consumado experto en el tema de las almas) captó inmediatamente. Por ello, lejos de enfurecerse y desaparecer, fingiendo en cambio aceptar al perro y con él la derrota, dijo muy ladino:

—Excelente treta, amigo mío, me has vencido en buena lid, de modo que, para demostrarte que soy un buen perdedor, te convidó a una botella del mejor vino payés. —Y rodeando con el brazo los hombros del alcalde, cruzó con él el puente en dirección al pueblo, haciéndole pagar su error con su propia alma.

Llegados a este punto, algunos lectores aducirán que el error del alcalde fue intentar endilgarle al diablo el alma de un perro, ya que, según la más ortodoxa teología de la época, los perros, aun siendo animales encantadores, no estaban dotados de alma. Otros, en cambio, argumentarán que según la moderna teología todos los animales, y por ende los perros, tienen alma, tanto hoy día como en el del lejano Medievo¹.

Tales discusiones, aunque de indudable interés para los teólogos, son aquí irrelevantes, pues la enrevesada y muy discutida teología sobre el alma de los animales no venía a cuento en este caso. Para el demonio el asunto era bastante más sencillo: si las bestias tenían alma, el alcalde era suyo, pues cualquier ser lo suficientemente vil para vender un alma al demonio pertenecía al demonio. Pero si los animales carecían de ella, el político, sin siquiera saberlo, acababa de entregar la suya propia, por ser esta la primera que cruzó sobre el puente aquella fantástica mañana.

En definitiva, el vil e iluso alcalde no solo se equivocó al osar apostar con el rey de los mentirosos, sino que, por la sola intención de apostarse el alma de una criatura inocente, pecó gravemente. Este fue su error definitivo y el motivo de su caída.

Así, durante los muchos años que el edil continuó su mandato, ignorando estar condenado y sometido al influjo del mal, muchas plagas e infortunios se abatieron sobre el pueblo. Y ocurrió que la misma noche en que murió el infor-

¹ En la actualidad, la Iglesia Católica admite que los animales poseen alma. No así el resto de la mayoría de las grandes religiones.

tunado, mientras el demonio arrastraba su alma maldita a las profundidades del infierno, una lluvia torrencial derribó el puente, arrastrándolo hasta hacerlo desaparecer en el mar.

De esa forma, en aquella ocasión, purificó el espíritu de las aguas los pecados del hombre.

Este fue, al menos según los que conocen el talento embaucador del demonio, el siniestro y verdadero final de la leyenda procedente del Medievo.

Desde entonces, y durante generaciones, el pueblo se las había arreglado sin puente. Pero ya los nuevos tiempos y el creciente comercio entre las dos riberas fluviales exigían un medio de comunicación más eficiente que el de una simple barcaza accionada con cuerdas de cáñamo. Mas, pese a las múltiples peticiones de los vecinos de la Villa del Río, el consistorio aducía carecer de recursos para construir un nuevo viaducto.

Así, a duras penas, pero en paz y tranquilidad, se fueron manteniendo las cosas en el humilde y bendito pueblo, hasta que un día, como otro cualquiera, un engominado caballero de refinados modos pidió audiencia en el Ayuntamiento: traía en el bolsillo un contrato cuyas ventajosas condiciones el municipio no podría rechazar.

Después de más de seiscientos años, el diablo regresaba a Santa Eulalia. Y venía con la intención de construir un nuevo puente: un puente que, en esta ocasión, tenía previsto mantener hasta el fin de los tiempos.

Y aquí es donde comienza la nueva leyenda.

2

La nueva leyenda

Margalida y Antoniet eran dos jovencitos de quince y dieciséis respectivas primaveras cuyos corazones habían sido bautizados por el amor la primera vez que se miraron. Pero su amor era un amor prohibido, pues sus familias, debido a un antiguo conflicto originado por discrepancias sobre el deslinde de sus vecinas tierras, eran enemigas irreconciliables.

Margalida, muchacha avispada y amante de los libros, no había tardado en descubrir el paralelismo existente entre su propia historia y la de aquella otra joven adolescente que vivió y murió entre las páginas de *Romeo y Julieta*; pues, emulando el argumento de la tragedia de Shakespeare, sus padres le habían prohibido terminantemente que hablara con Antoniet, por lo que en las contadas ocasiones que se veía con su amado tenía que hacerlo a escondidas.

Antoniet, bravo hasta la inconsciencia, encarnaba al Romeo ideal, capaz de tirarse al río encadenado de pies y manos por amor a su amada. Margalida, en cambio, aunque romántica y fantasiosa, tocaba bien de pies en el suelo y en sus planes no figuraba el de emular a la heroína de aquella tragedia en la que ambos amantes parecían víctimas de su irreflexiva pasión juvenil. Por ello no paraba de devanarse los sesos día y noche en busca

de una salida airosa exenta de heroicidades. Mas, pese al enorme rosario de soluciones mágicas apuntadas en los múltiples libros que caían en sus manos, no veía una forma práctica de solventar la espinosa situación.

Para colmo, la joven sabía que en cuestiones de estrategia intelectual no podía contar demasiado con la ayuda de Antoniet. Antoniet era alto, fuerte, hermoso, valiente, más bueno que el pan y la amaba con locura, pero, aunque no era ningún tonto, su mobiliario mental distaba millas de igualar al de su físico y su corazón.

En modo alguno el amor cegaba la inteligencia de Margalida.

—Eso no puede seguir así, Antoniet. Hemos de encontrar la manera de estar juntos sin tener que escondernos de la mirada de nuestros padres detrás de los matorrales.

—Pues a mí lo único que se me ocurre es robarte.

—La idea es atractiva y en extremo romántica, pero la tradición es clara; si me «robas» alguien de la familia deberá constatar que hemos pasado al menos una noche bajo su techo de forma casta. Es la tradición. ¿Quién nos acogería? Si me llevas a casa de tus padres, a mí me devolverán a la mía y a ti te darán una paliza de muerte. En cuanto al resto de la familia, tuya o mía... Para qué nos vamos a engañar. Nadie se atrevería a apoyarnos. En ambos casos terminaríamos igual: trasquilados y apaleados. Y lo peor sería que a partir de entonces no solo nos tendrían vigilados, sino atados de pies y manos a la pata de la cama. No, Antoniet, hagamos lo que hagamos debemos planearlo con sumo cuidado porque solo tendremos una oportunidad.

—Yo hago lo que tú digas y voy donde tú vayas. Al infierno si es preciso.

Ella le acarició una mejilla.

—Lo sé, amor, pero eso no será necesario.

De haber sabido lo que el demonio planeaba para ellos, no hubiera estado tan segura de sus palabras.

Apenas los últimos vestigios del día morían tras las sinuosas montañas de poniente, el atildado caballero que aquella misma mañana acababa de firmar un contrato con el Ayuntamiento de Santa Eulalia salió del pueblo en dirección al río. Cuando llegó al borde de las aguas que bañaban el pie del cerro de Es Puig se detuvo, inspeccionó el terreno de ambas riberas y, luego, con paso firme y elástico, sin dar muestras de notar la falta de luz, fue sorteando juncos y adelfas, acompañando al río hacia su desembocadura. De tanto en tanto se detenía para recoger un puñado de tierra, estrujarlo entre los dedos y, después de olerlo, arrojarlo al agua.

Unos doscientos metros más abajo del lugar donde había iniciado su inspección, se detuvo y sonrió, mostrando una hilera de dientes tan perfectos como afilados.

Había encontrado el emplazamiento ideal.

Allí, el continuo manar de la corriente fluvial había lavado casi por completo de tierra el suelo en ambas orillas del río, poniendo al descubierto un lecho firme y rocoso perfecto para soportar las pilastras sobre las que se apoyaría el nuevo puente. Técnicamente, el emplazamiento era perfecto. Pero el condicionamiento técnico no era lo más

importante para el oscuro caballero. Lo que en realidad le atraía del paraje era la belleza de su entorno y el espíritu que de él emanaba.

En aquel tramo de su itinerario, el rocoso lecho del río sufría un repentino desnivel dividiéndose en dos alturas sorteadas por una cascada de aguas cantarinas que al precipitarse en el cauce inferior habían formado una amplia piscina natural de aguas repentinamente serenas. Ahora, bajo el cielo estrellado, el líquido elemento se había convertido en un nocturno espejo de obsidiana y reflejos diamantinos en cuyo centro la luna llena relucía con su máximo esplendor.

«Sa Font d'en Lluna»², susurró el hombre a la noche.

Si el lugar no tenía nombre, el oscuro caballero acababa de pronunciarlo.

—Pues yo te digo que, desde hace un par de noches, ese tío estrambótico que según cuentan va a construir el puente aparece durante unos diez minutos a la orilla del río y luego desaparece sin más —dijo Antoniet, casi susurrando, sentado en el interior de la frondosa cueva de matas donde los jóvenes habían acondicionado su refugio secreto.

—¿Cómo que «aparece y desaparece»? Será que viene y va. Exprésate con propiedad, Antoniet —replicó Margalida.

—Te digo y recalco que aparece y desaparece, tal como suena. De repente aparece sentado sobre una roca mirando el agua, quieto como una estatua, y al cabo de diez minutos, de repente, ya no está. Mira que he vigila-

2 La fuente de la luna